

Sobre una reedición largamente esperada

OLGA CLARISA BECERRA MERCADO
 Universidad de Guadalajara
 obecerra76@hotmail.com

En esta nueva versión del libro *Espacios distantes... aún vivos. Las salas cinematográficas de la Ciudad de México*, sus autores, Francisco Haroldo Alfaro Salazar y Alejandro Ochoa Vega, refrendan ante académicos, propietarios, autoridades, arquitectos y público en general su compromiso de poner en valor los edificios destinados al cine de la Ciudad de México. La mayoría ya no permanece físicamente, pero sí en la memoria colectiva de las generaciones que tuvieron la fortuna de frecuentar sus espacios y disfrutar del espectáculo que ofrecieron.

En esta edición, los autores no se limitaron a reproducir la primera, sino que fueron más allá, mejorando el material gráfico. Es posible notar que los planos de ubicación de los edificios presentan una mayor calidad y se advierte que en éstos fueron registradas, puntualmente por décadas, desde 1900 y hasta 1981, las salas cinematográficas que iban surgiendo.

En el estudio, puede notarse cómo en sus inicios los cines mantuvieron una dinámica urbana centro-periferia; es decir, en principio se establecen en el centro histórico, y poco a poco su estela irradia hacia los barrios y colonias. Como novedades de esta segunda edición, se advierte que las fotografías resultan más nítidas, algunas de ellas han sido reseleccionadas buscando ofrecer al lector mejores vistas; asimismo las tablas y gráficas con la información sobre el número de cines, su localización y su capacidad, se han rediseñado.

El registro y la documentación metódica son las constantes en este documento investigativo, convertido en un libro a disposición de la sociedad, no sólo para especialistas de estas dos materias cine y arquitectura, que de suyo constituyen una empresa titánica de documentar. Es también un trabajo que llega a públicos diversos que tuvieron oportunidad de vivir esos espacios en su plenitud, es decir, generaciones nacidas antes de 1980 y que con el libro pueden evocar su niñez o adolescencia.





Imágenes tomadas del libro *Espacios distantes... aún vivos. Las salas cinematográficas de la Ciudad de México*, pp. 89, 93, 95, 98, 99, 106, 111, 125, 126, 133-135, 145, 164, 170, 178, 198-200, 211 y 218.



Espacios distantes... no es una obra fácil de aprehender en su totalidad y de una vez; sin embargo, puede leerse, revisarse y analizarse por secciones, por capítulos o por temas, si se quiere. La obra está conformada por cuatro capítulos, donde destacan las primeras incursiones de la empresa del cinematógrafo en México, y sus vicisitudes por encontrar el recinto adecuado para la exhibición de las películas. En esta búsqueda, cualquier espacio valía para ello; ya fuera una casona virreinal, un local desocupado donde había estado una zapatería, una vieja nave de un templo en donde se compartía el espacio con un teatro, salones y patios de casas, azoteas de edificios, plazas o espacios públicos.

A decir de los autores, fueron los teatros, por sus características instalaciones, el referente para el diseño arquitectónico de las salas cinematográficas. Se incluye en este nuevo género: pórtico, vestíbulo, salón o lunetario, anfiteatro, galería, salón fumador, servicios sanitarios para hombres y mujeres, pasillos y salidas de seguridad directas a la calle, además de caseta de proyección inde-

pendiente de la sala. Y detrás de todo esto, las instalaciones hidráulicas, eléctricas, y de alumbrado acordes con las necesidades de cada sala, además de ventilación natural a través de ventanas y ductos.

Al analizar el papel del edificio cinematográfico en el contexto urbano, los estudiosos dejan en evidencia su característica monumentalidad que poco a poco se constituiría en referente de la modernidad arquitectónica de la ciudad. Un aspecto no menos importante que registra este libro es la desaparición de algunos cines junto con la estructura urbana que los albergaba. Destacan eventos naturales como los terremotos de 1957 y 1985 ocurridos en la Ciudad de México. Se da cuenta además de un proceso urbano expansivo, que generó nuevas colonias y fraccionamientos, en cuyos corredores urbanos aparecieron nuevos cines, muchos de ellos ya con propuestas arquitectónicas eminentemente funcionalistas.

En ese sentido, hay que destacar el puntual registro de la evolución del cinematógrafo en la Ciudad de México, que fue migrando



de los lenguajes arquitectónicos más pintorescos y exóticos, como el ecléctico o el neocolonial, pero sobre todo el *art déco*, símbolo de la arquitectura del cine norteamericano, a otros de mayor sobriedad y elegancia como el funcionalismo.

La experiencia constructiva de sesenta años generó, a decir de los expertos, tres tipologías básicas: el tipo *a*, en el edificio solo se llevan a cabo actividades específicas del cine. El tipo *b*, cuando el edificio se complementa con locales u oficinas y, finalmente, el tipo *c*, cuando el cine forma parte de un edificio o conjunto que alberga otros usos, como oficinas, comercios, restaurantes y hasta vivienda. Los investigadores reportan el año 1965, como una fecha en la que ya se advierte la disminución de las salas construidas bajo el esquema del gran palacio, es decir del tipo *a*.

El documento igualmente da cuenta de las problemáticas y transformaciones que el género ha debido sortear para permanecer como industria, pero también como espacio arquitectónico. De entre ellas destaca la



necesidad de su actualización tecnológica ante la aparición de la televisión como competencia en el gusto de las clases medias, que se convirtió hacia los años setenta en una importante alternativa frente a los cines. Asimismo resultó relevante la segmentación de audiencias y su correspondencia con el surgimiento de las salas de arte. En cuanto a lo arquitectónico, lo más importante fue la pérdida de protagonismo como edificio *per se*, para integrarse más bien como un espacio ancla añadido en el centro comercial, con el fin de mantenerse en el gusto de las actuales generaciones, como una opción más de entretenimiento.

Esto es en resumidas cuentas, una fotografía en blanco y negro, de un texto al que el lector, tendrá que extraerle los matices necesarios a través de la profundización con que decida abordar la lectura de este magnífico trabajo investigativo, meticulado y comprometido de sus autores, Alejandro Ochoa Vega y Francisco Haroldo Alfaro Salazar.

